

# Presencia crítica

La edición mexicana de esta revista cumple quince años. Para celebrarlo, hemos hecho introspección en nuestra principal tarea: la crítica, sea esta social, política o literaria.

*LETRAS LIBRES* NACIÓ en México en enero de 1999 con la vocación de dar continuidad al trabajo literario y crítico de *Vuelta*. Nos sentíamos deudores, no herederos de aquella gran revista. En la historia literaria —lo dijimos siempre— las herencias no se dan: las herencias se conquistan. Lo que buscábamos era reafirmar los principios de *Vuelta* en una época distinta y convocar voces nuevas. El mundo del siglo XXI sería muy distinto al de la segunda mitad del siglo XX, pero la literatura y la libertad, representadas en nuestro nombre, seguirían teniendo una vigencia permanente que habría que renovar, recrear, criticar.

Han pasado quince años. En términos políticos, el siglo XXI nos deparaba sorpresas que nadie, o casi nadie, atisbó. La nuestra ha sido una era contradictoria: por un lado, la aspiración y aún la adopción generalizada de la democracia; por otro la reaparición de los fanatismos de la identidad (religiosa, ideológica, racial). La tensión persiste, enconada, explosiva, irresuelta: ¿cubrirá el planeta un nuevo y opresivo oscurantismo? ¿Prevalecerá la modesta utopía de la democracia? Nadie conoce el desenlace, pero *Letras Libres* no ha dudado en ejercer la defensa de los valores (los ideales, habría que llamarlos quizá)

que caracterizan una convivencia democrática: civilidad, legalidad, tolerancia.

En ocasiones, nuestra crítica ha sido impopular. No importa: la hemos hecho desde la independencia. Nuestras opiniones, muchas veces, han sido tergiversadas. Tampoco importa: la verdad objetiva finalmente se abre paso. Ocurrió con *Vuelta* en su tiempo. No era infalible ni pretendía serlo, pero sus adversarios le dieron la razón rindiéndole el mejor homenaje: la silenciosa adopción de sus puntos de vista. Y si bien en *Letras Libres* hemos criticado el dogmatismo que impera en algunas corrientes del espectro ideológico de México, al mismo tiempo hemos querido tender hacia ellas puentes de diálogo, respeto y mutua comprensión. Todo lo cual supone la capacidad de escuchar al otro. Y también la capacidad de corregir, de cambiar, de ejercer la autocrítica. Lo hemos intentado y lo seguiremos haciendo.

La diversidad de nuestros colaboradores confirma, una vez más, la importancia de los puentes culturales. Desde un principio quisimos tenderlos entre lectores y autores en las dos orillas del Atlántico, entre tradiciones y lenguas, entre generaciones y escuelas y puntos de vista. Los puentes debían ser tangibles: por eso, en septiembre de 2001



fundamos *Letras Libres* en España. Los puentes debían ser modernos: por eso *Letras Libres* nació con un sitio de internet que poco a poco, conforme ha avanzado la revolución informática, se ha consolidado en todo el orbe donde se habla español. Y el empeño seguirá en los próximos años.

Miro hacia atrás y solo una palabra se me ocurre: gracias. Gracias, literalmente, a miles de personas. Gracias a nuestros autores. Gracias a nuestro Consejo editorial (al que se han sumado recientemente varias notables escritoras). Gracias a los sucesivos equipos editoriales y administrativos (jefes, secretarios, gerentes, directores, empleados) que, a lo largo de los años, han hecho físicamente la revista en sus diversas versiones. Gracias a los patrocinadores privados y públicos que apoyan la cultura libre. Gracias a los muchos generosos amigos. Y gracias, sobre todo, a ustedes, los lectores.

Hay un agradecimiento más, que quiero destacar en nuestro número de aniversario. Es a Gabriel Zaid. Este mes

cumple ochenta años. En *Letras Libres* ha sido —como lo fue en *Vuelta*, y aún más— el mayor y mejor consejero. Siempre prudente y práctico en sus orientaciones, siempre lúcido y original en sus colaboraciones, su presencia es una lección de calidad y claridad. Hoy que celebramos nuestra modesta travesía, celebramos con él la travesía de su obra extraordinaria, y los muchos proyectos futuros en los que trabaja.

No hemos querido hacer una revista ecuménica pero sí una revista plural. Partimos de ciertos gustos literarios y artísticos y de ciertos valores políticos y morales, pero desde ellos nos abrimos al diálogo. Hemos insistido en que el desarrollo cívico de nuestros países, en particular del de México, depende de la calidad del debate público: la capacidad de discutir, fundamentar, argumentar racionalmente. A quince años de nuestra fundación refrendamos esa convicción. —

— ENRIQUE KRAUZE

## Gabriel Zaid: ¿Crítica para qué?

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

S

e critica para transformar. Para cambiar el estado de cosas existente. Se critica por inconformidad. Se es crítico por la incapacidad de quedarse callado ante lo que se considera mal hecho, injusto, torcido, corrupto. La crítica es consustancial al ser humano. Hacer y criticar van

de la mano. El brazo que lanza y la voz que piensa que el tiro pudo haber sido mejor.

De la crítica a uno mismo se pasó a la crítica del mundo y de los otros. Crítica al prójimo y a sus formas de organizarse. La crítica del poder siempre ha conllevado algún riesgo. Los tiranos detestan la crítica. La Ilustración la elevó a valor insustituible. La crítica de la razón le ha dado a Occidente el rostro que hoy tiene, esencialmente imperfecto. Al equilibrio tripartito de poderes le faltaba algo, el cuarto poder, que es el poder de la crítica pública. No podemos vivir sin la crítica. Pero es incómoda. Estorbosa. Claramente aguafiestas. Julio Ruelas la dibujó como un enorme mosquito taladrando la cabeza de quien la sufre. Pocos aceptan que se ejerce la crítica para hacer el mundo mejor. Ese es el papel, en política, de las oposiciones. Es también la función, aunque a veces parezca odiosa, de la crítica social, económica, literaria. Es un privilegio para la sociedad contar con un gran crítico. El irritante Voltaire elevó como pocos el nivel de la cultura francesa. México ha dado grandes críticos (aunque no somos muy dados a la crítica formalizada en teoría): Jorge Cuesta, Alfonso Reyes, Octavio Paz, José Revueltas, Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, críticos de ideas, de situaciones y de hechos concretos. Se critica para cambiar.

Gabriel Zaid se inició a los dieciocho años, en 1952, como crítico teatral en la revista estudiantil *El Borrego*, que editaba la Sociedad de Alumnos del Tecnológico de Monterrey. Sostuvo ahí la columna “Teatroviendo”. Desde entonces han transcurrido sesenta y dos años. Enrique Krauze ha trazado (*Retratos personales*, Tusquets, 2007) su “ruta crítica”. Repaso solo los puntos principales de su trayectoria como crítico. En 1963 publica *La poesía, fundamento de la ciudad*, que reúne ensayos sobre la poesía en la práctica social: crítica de la sociedad que rechaza la poesía y de los poetas que no se dan cuenta de las puertas que abre ese rechazo. Poco después, al rondar los treinta y cinco años, comienza a publicar regularmente en *La Cultura en México* originales ensayos, primero de crítica literaria y poco después de crítica de la cultura. Sobrevino 1968, año axial. “El 16 de agosto de 1968, Daniel Cosío Villegas empezó a publicar los viernes en *Excelsior*, y llamó mucho la atención” (Gabriel Zaid, prólogo a Daniel Cosío Villegas, *Crítica del poder*, Clío, 1997). “Puso la muestra de que la crítica razonada y respetuosa era posible y necesaria, como salida del conflicto en curso y del estancamiento político de México.” La crítica de Cosío era todo menos complaciente. Criticó en sus artículos los excesos presidenciales y también la sinrazón de los estudiantes. Ocurrió entonces la matanza sin que ello impidiera que cada viernes Cosío Villegas publicara sus lúcidos y valientes artículos. Octavio Paz renunció a la embajada de la India. Se trasladó en 1969 a Austin, Texas, donde escribió *Posdata*, una crítica profunda del sistema político mexicano en la que, hacia el final del ensayo, reclama una “crítica de la pirámide en México”, es decir, una crítica de la acumulación excesiva de poder.

El arribo de Luis Echeverría (uno de los principales responsables de la represión estudiantil) a la presidencia necesariamente obligó a los intelectuales mexicanos a replantearse la tradicional relación que habían sostenido con el poder: una relación de dependencia y sumisión. José Revueltas estaba preso en Lecumberri, Daniel Cosío Villegas escribía en *Excelsior*, Octavio Paz había regresado a México. Un nuevo hecho de sangre sacudió al país: